

*Sententiæ Patrum*: parece la dividia en varios libros. Solo se conocen algunos extractos dados por el arzobispo de Rodrigo. Habia además en aquella época muchos santos y santas, entre las cuales santa Florentina, hermana y *maestra* de san Isidoro, como este mismo lo dice. Era mujer superior en letras y en santidad, y fué abadesa de un convento de monjas en Cartagena.]

5. El fin del pontificado de Bonifacio V fué feliz y abundante en grandes santos é ilustres doctores: murió este pontífice en 25 de octubre de 625, á tiempo que el Oriente estaba en fuego por las guerras entre Heraclio y los Persas, y la funesta invasion del mahometismo.

§ II. PONTIFICADO DE HONORIO (1.º mayo de 626-12 de octubre de 638).

6. Al advenimiento de Honorio al trono pontifical, el estado religioso del mundo hacia presentir grandes borrascas durante su gobierno. Las conquistas del mahometismo, circunscritas en un principio á la sola Arabia, se extendieron precipitadamente hasta Jerusalem y principales provincias de la Siria; [pero ¡oh ciega presuncion de los hombres fascinados por luchas intestinas! Preocupados entonces los hombres de Estado con sus luchas intestinas, locas y estériles, no previeron el cataclismo que amenazaba anegar al mundo todo; y se despreció como pasajera la invasion de unas cuantas hordas árabes indisciplinadas y fanáticas]. Las victorias de Heraclio contra los Persas parecian garantía segura de las que sus armas lograrían sobre las del islamismo apenas se presentasen en batalla. En el entretanto, el Occidente progresaba en su movimiento hácia la fe; [y no sin providencia especial del Señor, el siglo VII dejó tan arraigada la religion en España, que se ve en ello el divino prodigio de robustecer á esta nacion heroica para estar dignamente preparada á la lucha que antes de un siglo se habia de trabar cuerpo á cuerpo, por espacio de ochocientos años, entre los hijos de la fe y los satélites de Mahoma]. Naciones poco há bárbaras, los Godos en España, los Francos en las Galias, los Anglo-Sajones en la Gran Bre-

taña, se esmeraban como á porfia en arreglar sus costumbres y en establecer una legislacion cristiana. La eleccion de Horacio fué confirmada, por esta vez, no por el emperador, sino por su lugarteniente el exarca de Ravena.

7. El nuevo papa trató de conciliar las provincias eclesiásticas del Occidente. Las de Istria estaban aun infectadas del cisma de los *Tres capítulos*, que separaba setenta obispos de la unidad: Honorio logró felizmente reunirlos. Mas para terminar enteramente el negocio, el papa se vió obligado á depouer á Fortunato, obispo de Grado, uno de los metropolitanos de la Istria, y el mas tenaz. La sentencia contra Fortunato se halla complicada con una cuestion política. Venecia, ciudad fundada de improviso en medio de las aguas por pobres pescadores que huian de Atila y deseaban ponerse al abrigo de sus tropelías, habia aumentado considerablemente en potencia, habitantes y dominios. Bajo la proteccion de los emperadores romanos, Venecia se habia erigido en república y ejercia una especie de soberanía sobre las provincias circunvecinas: la Istria dependia de su dominacion. Fortunato se puso al frente de un partido que queria sacudir el yugo de Venecia y reunirse al reino de los Lombardos. La Santa Sede, conciliadora y moderadora suprema entre los imperios cristianos, y como tal defensora nata de los derechos legitimos, no podia autorizar con su silencio semejante injusticia; y Honorio acogió favorablemente las quejas de la república veneciana contra el prelado culpable, y terminó la cosa pronunciando solemnemente su deposicion en el año 628. Por otra parte el papa intervino á favor de Adaloaldo, rey de los Lombardos, á quien queria destronar una faccion arriana, capitaneada por Arioaldo. Reprochando vivamente Honorio á los obispos de la provincia Transpadana, infieles al juramento que habian prestado á Adaloaldo, escribe á Isaac, exarca, que apenas restablecido Adaloaldo en el trono de sus mayores, le envíe á aquellos obispos á Roma para proceder jurídicamente contra ellos. Esto pasaba en 627. Este mismo papa ajustó la paz entre el obispo de Caller y sus clérigos rebeldes; y en fin logró el papa re-

ducir á las iglesias de Escocia é Irlanda al uso general de la Iglesia en la celebracion de la Pascua.

8. La piedad y celo de Honorio, junto con la felicidad de terminar favorablemente todas esas disensiones, le anunciaban un glorioso pontificado; mas por desgracia interrumpió esta cadena de prosperidades el espíritu de division y herejía, que eran como patrimonio de la iglesia de Constantinopla; y el augusto nombre de Heraclio, tan amado de la cristiandad, iba á mezclarse entre los errores que tanto habian de agitar al mundo católico. El principal autor de estas desgracias fué Sergio, patriarca de Constantinopla. Parecia que la nueva Roma habia recibido del infierno la mision de las herejías, como la Roma de Pedro habia recibido la mision de la verdad. Un Eusebio de Constantinopla naturaliza allí el arrianismo, nacido y perseguido en Alejandria; un Macedonio, obispo de Constantinopla, acredita la herejía de los Pneumatómacos; un Nestorio, patriarca de Constantinopla, divide á Jesucristo en dos personas; Eutiques, arquimandrita de Constantinopla, esparce el error de los Monofisitas. Sergio á su vez trata de reproducir fraudulentamente la herejía de Eutiques, enseñando que Jesucristo no tuvo dos voluntades sino *una sola*, de donde le vino el nombre de *Monotelita*. La Iglesia católica, reconociendo dos naturalezas en Cristo, reconocia dos voluntades, humana y divina, jamás en oposicion, pero distintas. Esta cuestion aun no estaba decidida; sin embargo la controversia movida por los Eutiquianos acerca de las dos naturalezas, llamaba naturalmente la atencion acerca de las operaciones de la voluntad en Cristo. Sergio abrazó abiertamente el monotelismo. Sostenia que ningun santo Padre habia enseñado dos operaciones en Cristo, y que su persona, compuesta de dos naturalezas, divina y humana, obraba empero por una sola voluntad. Para sostener este error, fabricó una falsa carta dirigida al papa Vigilio por el patriarca Menas, donde insinuaba este la doctrina del monotelismo. Esta fabulosa carta fué enviada á los obispos de las principales sillas del Oriente. Heraclio, detenido aun por la guerra contra los Persas, se declaró sin examinar

fautor de la nueva doctrina, y no se desdeñó de empeñar personalmente en la controversia á los obispos que encontraba á su regreso para la capital.

9. San Sofronio de Alejandria, de quien ya hemos hablado y cuya fama publicaba maravillas, acababa de ser promovido á la silla patriarcal de Jerusalem. A una sola ojeada apercibió la peligrosa gravedad de doctrinas mentirosas protegidas por un patriarca y por un emperador, y en su consecuencia puso en movimiento un celo y una actividad infatigables por la causa de la verdad católica. Por intrigas de Sergio acababan de ser promovidos á las sillas de Antioquia y Alejandria prelados monotelitas: Ciro, obispo de aquella, y Anastasio de esta. Sofronio va sin dilacion á echarse á los piés de Ciro, conjurándole con lágrimas renunciase á la herejía y no diese el escándalo público de un obispo juez de la fe y traidor á ella. Ciro publicó una profesion de fe monotelita, la leyó en presencia del pueblo y magistrados, reunidos en la basilica mayor de Alejandria, y la remitió al emperador, que le dió su aprobacion. Sin desanimarse por esta primera desgracia, Sofronio partió á Constantinopla y fué á ver á Sergio. Este habia dicho en su carta á los obispos de Oriente: « No sabemos que ningun santo Padre haya enseñado hasta ahora dos operaciones » en Jesucristo. Si alguno mas docto que Nos nos puede hacer » ver que tal ha sido su parecer, estamos prontos á someternos. » Sofronio, que habia creído en la buena fe de Sergio, le presentó gran número de textos sacados de los santos Padres que expresaban formalmente la doctrina católica. Sergio no respondió sino con muda é invencible obstinacion; y Sofronio, de regreso á Jerusalem, tomó el partido de escribir al papa y enviarle uno de sus sufragáneos para instruirle á fondo de todo el asunto.

10. Por desgracia Sergio habia tomado la delantera, escribiendo al papa Honorio una larga y artificiosa carta, en la cual le decia que el emperador Heraclio, deseoso de cortar de raíz el eutiquianismo, habia encontrado en el Oriente espíritus locamente preocupados por una cuestion inútil, de si habia

ó no dos operaciones en Cristo, y dos voluntades. « El emperador, añade, mandó escribirme para saber mi parecer y preguntarme si sabia de algunos santos Padres que hubiesen sostenido la doctrina de una voluntad única en Jesucristo. Le respondí afirmativamente, y le envié una carta de Menas, patriarca que fué de Constantinopla, á Vigilio, vuestro antecesor. Dicha carta contiene diversos pasajes de los santos Padres en los cuales solo se menciona una sola voluntad en Cristo nuestro Señor. Sin embargo el monje Sofronio, recién promovido á la silla patriarcal de Jerusalem, no cesa de agriar esta discusion tan peligrosa. Él sostiene que en Cristo hay dos operaciones. En vano le he hecho ver que muchas veces, con el objeto de ganar para Dios mayor número de almas, nuestros Padres han usado de miramientos y condescendencia, sin perjuicio empero de la exactitud del dogma: que por lo tanto en la ocasion presente no conviene ser quisquilloso acerca de un artículo que en nada ataca ni ofende á la fe. A pesar de nuestros esfuerzos, los partidos se disputan con encarnizamiento. Hemos escrito al emperador haciéndole presente cuánto importa ahogar una discusion que puede sumir de nuevo en la herejía al Oriente, y hemos creído necesario participaros este negocio, dirigiéndooos todas las piezas que le apoyan. »

11. La carta de Sergio fué el primer aviso que se tuvo en Roma de una cuestion que desde once años habia se agitaba en Constantinopla. El Occidente, mas sinceramente adicto á la fe ortodoxa, no sabia apasionarse á controversias peligrosas ó estériles. Honorio, no cayendo en los artificiosos ardides de Sergio, aprobaba su deseo de sofocar en su origen una semilla de dimensiones; y respondió al patriarca: « Hemos recibido la carta en que nos informas las discusiones nuevamente promovidas en el Oriente. Alabamos tu celo en desechar toda novedad segun las palabras del Apóstol. Dejemos á los gramáticos discutir cuestiones ociosas, y desdeñemos una logomaquia que sembraria discordias en la Iglesia. » Tal era la única preocupacion del papa, que deseaba sobre todo se apa-

gase la nueva herejía antes que tomase cuerpo; y tuvo la desgracia de considerar discusion efímera una controversia que con el tiempo habia de envenenarse mas y mas, dividir los ánimos y tomar plaza entre las principales herejías del Oriente.

12. San Sofronio, colocado en el centro y foco mismo, y puesto en estado de juzgar sanamente las cosas, no tenia la piadosa ilusion del papa; así es que inmediatamente convocó un concilio en Jerusalem. Se expuso en él claramente la doctrina católica de dos operaciones ó voluntades en Cristo; y fué dirigida por el concilio una carta sinodal á los obispos de las principales sillas de la cristiandad. « Jesucristo, se dice en ella, queda inseparablemente *uno*, y *el mismo* en las dos naturalezas; pero obra lo propio de la una y de la otra segun la natural cualidad y propiedad de cada una. » Honorio al recibir esta carta vió en ella un esfuerzo para reanimar cuestiones que creia mas prudente dejar sepultarse en el silencio: y bajo de este concepto dirigió sus instrucciones á todos los obispos de la cristiandad. « Guardémonos, dice en ellas, de oscurecer la doctrina de la Iglesia con las nubes de nuestras discusiones. Confesamos que las dos naturalezas en Jesucristo operan y obran, cada una con la participacion de la otra, la naturaleza divina obrando lo que es de Dios, y la naturaleza humana obrando lo que es de la carne, sin division, ni confusion, sin que la naturaleza divina se cambie en el hombre, ni la naturaleza humana se mude en Dios, sino permaneciendo enteras las diferencias de naturalezas. Bástenos atenernos á este dogma, sin agitar la cuestion de saber si es necesario expresar esta manera de obrar con los términos de una ó de dos operaciones en Cristo. » Se ve por esta cita que salvo los términos *de las dos operaciones*, que él creia deber suprimirse por no escandalizar á los simples, el papa Honorio pensaba y se expresaba absolutamente como san Sofronio de Jerusalem. Supone el papa que Sergio de Constantinopla es del mismo parecer: á su modo de ver, solo se trataba de poner coto á una logomaquia inútil, cuando él creia que todo el mundo estaba de acuerdo en el fondo.

13. San Sofronio tomó entonces el partido de enviar Estéban, obispo de Dore, el primero de sus sufragáneos, al papa Honorio, para informarle en detalle de todo este negocio y advertirle el peligro que iba á correr la fe en el Oriente. Pero cuando Estéban llegó á Roma, Honorio acababa de morir; y Sofronio le habia precedido algunos meses en la tumba, año 638. El santo patriarca habia tenido el dolor de ver á los Mahometanos apoderarse de la ciudad santa y plantar el estandarte del falso profeta en los lugares mismos donde habia muerto Cristo por la redencion del mundo. El califa Omar, sucesor de Abu-Bekr, despues de haberse apoderado sucesivamente de todas las ciudades de la Siria y costa de la Fenicia, habia venido á poner sitio á Jerusalem. El emperador Heraclio, menos afortunado contra los Musulmanes que lo habia sido contra los Persas, abandonó á su suerte la ciudad santa, y solo tuvo tiempo de transportar á Constantinopla el santo madero de la Cruz. Omar hizo su entrada en Jerusalem menos como conquistador irritado que como peregrino religioso. Dió señales del respeto mas profundo al visitar los lugares santificados por la Pasion del Salvador, y los recorrió vestido de un cilicio de cerdas de camello. Quiso visitar la gruta de Belen, y, postrado en tierra en este venerable sitio, hizo su oracion. Los cristianos no fueron de modo alguno perseguidos, antes bien les otorgó un salvoconducto en los términos siguientes: « De parte de Omar, hijo de Hittab, seguridad ha sido decretada á los cristianos de la ciudad de » Elia (Jerusalen), tanto en sus personas como en las de sus » hijos, mujeres y bienes: las iglesias no serán ni destruidas » ni cerradas. » Esta conducta cuerda aseguró la suerte de la conquista; aunque sin duda fué inspirada mas bien por una política hábil que por real benevolencia. Sea como quiera, con eterna vergüenza de las naciones cristianas, se plantó la dominacion musulmana en la misma cuna del cristianismo (año 635); y despues de tantos siglos aun se ha salvado á Jerusalem.

14. No se hicieron sentir por entonces en el Occidente las re-

sultas de tan tristes acontecimientos. [España daba el ejemplo de un catolicismo el mas puro y acendrado: las letras y la santidad penetraban muy profundamente en su seno. Los concilios nacionales cuarto (633) y quinto (636) de Toledo, despues de consolidar la monarquía, confirmando reyes tales como Sisenando y Chintila, ambos celosísimos por la fe católica, daban leyes excelentes de disciplina eclesiástica y echaban las bases de la legislacion eminentemente cristiana de España.] En las Galias, gobernaba el obispo san Eligio, como ministro de Dagoberto. San Oven, siendo gran notario de palacio, renunciaba su alto puesto para hacerse monje, y fundar el monasterio de Rebais en Brie, en tanto que sus dos hermanos san Adon y san Radon fundaban los monasterios de Juarra en el Marne, y de Radolio, cerca de París. En la Gran Bretaña, el rey Oswaldo edificaba por su piedad, y san Birino, enviado por el papa Honorio, convertia á los Sajones occidentales (Wessex) y fundaba la silla episcopal de Dorchester. Fué pues glorioso para la Iglesia [occidental] el pontificado de Honorio; y lo hubiera sido aun mas sin la fatídica cuestion del monotelismo [y la invasion del mahometismo en el Oriente].

§ III. PONTIFICADO DE SEVERINO (28 de mayo de 640-2 de agosto de 640).

15. Diez y ocho meses vacó la Santa Sede, desde el 12 de octubre en que falleció Honorio. Durante este intervalo, en 639, Sergio logró hacer firmar por el emperador Heraclio un pretense edicto de pacificacion entre los Monotelitas y los católicos. Este famoso edicto, conocido bajo el nombre de *Ectesis*, ó exposicion de la fe, se arrogaba el derecho de definir el dogma católico, trocando los frenos, pues que el emperador se hacia pontífice y queria que sus bulas obligasen en conciencia á sus súbditos. « Atribuimos, dice, todas las operaciones divinas y humanas al Verbo encarnado, y no permitimos se enseñe ni diga *una* ó *dos* operaciones. Conforme á las definiciones de los concilios ecuménicos, sostenemos que es *uno* y *solo* Jesucristo quien obra las cosas divinas y

» las humanas, y que unas y otras proceden del mismo Verbo » encarnado sin division ni confusion. » En resumen, el *Éctesis* era una ley de silencio impuesta por Honorio en provecho de los Monotelitas, que podian extender sus errores impunemente bajo de tal patronato. Sergio aconsejó al emperador no confirmase la eleccion del nuevo pontífice romano si no se comprometía á firmar el *Éctesis*: aprobó el edicto como regla de fe un concilio de Constantinopla, donde se reunieron los principales obispos del Asia. Fueron pues coronados de éxito feliz los manejos del patriarca. Murió en el mismo año de 639, y fué elegido sucesor suyo Pirrho, que se apresuró á firmar el *Éctesis*.

16. Por otra parte Roma era presa de diversas facciones durante un interregno que se alargaba mucho mas de lo justo. Los oficiales del emperador robaron el palacio de Letran, y fué autor de esta devastacion el archivero Mauricio, excitando á los soldados romanos á apoderarse del tesoro pontifical. Los católicos les impidieron entrar en el palacio: Mauricio solo entró, puso los sellos y embargo en el vestuario y en el tesoro, y llamó á Isaac, exarca de Ravena. Este vino y se apoderó de las riquezas del palacio de Letran, de las que envió parte á Constantinopla. Isaac acababa de recibir el *Éctesis* con orden de hacerla suscribir por el nuevo papa. Severino, hijo de Avieno y romano de origen, fué promovido á la silla de san Pedro; pero la corte de Constantinopla rehusó ratificar su nombramiento hasta que no hubiese suscrito el *Éctesis*. Los enviados, encargados de solicitar la aprobacion imperial en favor del electo, respondieron con admirable firmeza á las proposiciones del emperador: « La Iglesia de Roma ha recibido el privilegio de arreglar las cuestiones de fe, y no » puede dejarse imponer creencia alguna por ningun otro. » Durante esta embajada y negociacion, sucedia lo que llevamos dicho de robar Isaac y Mauricio el palacio de Letran para obligar con la violencia al papa Severino, ya elegido, á firmar el *Éctesis*. Se estrelló su tentativa ante la noble firmeza de Severino, y por otra parte Heraclio se resolvió en fin á dar su

consentimiento al nombramiento del pontífice, sin insistir mas sobre una condicion inadmisibile. Severino fué pues ordenado el 28 de mayo de 640. Lo primero que hizo fué juntar un concilio en Roma en el cual se anatematizaron los Monotelitas, y los partidarios del *Éctesis*. El nuevo papa no tuvo tiempo de proseguir su sistema de noble resistencia, porque murió el 2 de agosto del mismo año 640, habiendo dejado en el breve tiempo de su pontificado memoria veneranda de sus virtudes, celo, prudencia y energía: era además muy caritativo con los necesitados.

§ IV. PONTIFICADO DE JUAN IV (24 de diciembre de 640-2 de octubre de 642).

17. Juan IV fué elegido sucesor de Severino el 24 de diciembre de 640. Preocupaba muy justamente á todos los espíritus el negocio del monotelismo: el nuevo papa, á ejemplo de su antecesor, convocó un concilio en el cual fué de nuevo solemnemente condenada el *Éctesis*. Hizo parte Juan IV de esta condenacion á Pirrho, obispo de Constantinopla, en una carta en que reprendia con grande energía la obstinacion de la corte imperial en sostener la causa de la herejía. Cuando llegó el rescripto á Bizancio, Heraclio, abrumado del peso de los años y de los achaques, descendia lentamente al sepulcro. Espantado de las no premeditadas proporciones que tomaba una controversia en la que se habia empeñado tan temerariamente, libre en fin de las importunidades de Sergio que solo le habia arrastrado á tal precipicio, tomó el partido de retractar el *Éctesis*. Escribió pues al papa en estos términos: « El *Éctesis* no es mio; ni lo » he dictado ni mandado; pero habiéndolo compuesto el patriarca Sergio hace cinco años, antes que yo regresase del » Oriente, me suplicó, cuando ya estaba en Constantinopla, » que mandara yo publicarlo en todas las provincias del imperio, como aprobado y suscrito por mí: mandé en efecto lo » que se me aconsejó. Pero en este momento, testigo de la » perturbacion que este edicto ha causado en la Iglesia, declaro públicamente que yo no he sido su autor, y que lo